El Chispero

Semanario Antiflamenquista

Director: Eugenio Noel

Redacción y Administración: Barquillo, 18, pral.

:::: Apartado de Correos, número 649 :::

:::: Precios de suscripción ::::

Un trimestre	1,50	ptas.
„ semestre	3	„
„ año	5	„
Extranjero, un año	7	„

:::: Número septimo del verdadero ::::

::::::::: FLAMENCO :::::::::

Una mentira no deja de serlo aunque la am*
:::: pare un pueblo entero. – Maeterlinck. ::::

En el Circo Flavio hace muchos siglos las fieras y los hombres luchaban de este modo cuando la vieja república romana se descomponía en los vanos lujos de un imperio vago.

Año I. Núm. IV. Diez céntimos ::: 7 Junio 1914. :::

© Biblioteca Nacional de España

Tres cartas de Unamuno.

Sr. D. Eugenio Noel:

Gracias por su carta, mi estimado compañero. Conozco, sí, conozco bastante su firma y no hace mucho estuve a punto de escribirle sobre una apreciación equivocada que hizo usted de mi actitud cuando el discurso de la Zarzuela, en que dije *todo*, *absolutamente todo* lo que me proponía decir y llevaba desde aquí (donde alguien lo conoció antes) apuntado y nada más ni menos. Lo que hubo es que yo discrepaba de los que me llevaron a esa. Conozco, sí, le repito, su firma y algo, aunque no mucho, he leído de usted; pero nada de lo que a eso del flamenquismo se refiera. Y tiene usted razón, muchísima razón, razón que le sobra. Y esta es la desgracia, pues tan malo es que le sobre a uno la razón como que le falte. Y aquí entre nosotros peor. Somos unos desdichados aquellos a quienes nos *sobra* la razón. Eso de la flamenquería y el torerismo es una vergüenza. La conmoción por la cogida de Vicente Pastor, las memorias del *Gallito* o del *Pavito*, el cuento del *Cazoleta*, es para morir de asco. La última forma que en mi país natal, Bilbao, ha tomado la barbarie bizcaitarresca es el torerismo: el *Chiquito de Begoña*, el *Cocherito*, el *Torquito*, Lecumberri, etc., no es sino la última forma de la vanidad colectiva de mis paisanos. Es una pena. Y yo por mi parte volveré a la carga y haré mención de su carta. Porque es preciso que nos unamos. El pan y toros vuelve a invadirnos, y en el fondo no hay, puede usted decirlo, sino odio a la inteligencia.

No sabe usted bien cuánto celebra haber coincidido con usted su compañero

—

Amigo Noel: Ayer envié a *La Nación* d Buenos Aires mis dos correspondencias de este mes y una de ellas va dedicada a la obra de usted, una obra de pasión en este ambiente de histrionismo y superficialidad. Empiezo recordando lo que le pasó a aquel pobre Joaquín Costa. Me he enterado algo de lo del Ateneo. Allí poco puede hacer usted, porque aquella gente intelectual o es esteticista o es *normativa*, y eso de meterse con el toreo y la flamenquería habrá de parecerles bajar mucho la puntería. La cuestión es meterse con la España del siglo XVII, con el clericalismo o con la vía láctea.

Y el mal es no sólo la flamenquería sino toda forma de histrionismo y deportismo. Todo se reduce a espectáculo. Las revistas de toros, teatros y juegos lo llenan todo y no se ve sino retratos de toreros, criminales, cupletistas, volatineros, tenores y danzantes. Es el horror a la seriedad, a la visión grave y honda de la vida. Es más, en el fondo, falta de pasión, frialdad y *cabotinismo*. Y así hay que aspirar a ser una de tres cosas: latero, cursi o loco. Lo mejor es ser loco.

No sé si le dije que un ganadero me dijo que los toros bravos se van a comer a las ovejas. Aquí se extiende eso de la ganadería de reses bravas de un modo alarmante. En gran parte por vanidad. Y los labriegos emigran. Aunque acaso esto es no efecto, sino causa de aquello. Y se avecina una gravísima crisis agraria.

Ya sabrá usted que tuve que dejar *La Noche* porque aunque poco o nada interesado no me gusta hacer el primo. Pero se me abrirán nuevas tribunas, y entre ellas la del *Mundo Gráfico*, y seguiré ayudándole.

Pero cuide que no le maten de frío.

Animo, pues.

Sabe cuán su amigo es

—

Si no le he escrito antes, mi querido amigo, ha sido por no saber de cierto su paradero entre tantas andanzas. Me parece vería mi otro artículo en *La Noche* sobre los toros. Tenía un tercero, titulado «La afición», pero he tenido que retirarlo porque eso de *La Noche* anca mal y conmigo se han conducido más que incorrectamente. Pero encontraré otra tribuna y comentaré su labor. Ahora, con toda la franqueza que gasto siempre, le diré que el lado flaco de su campaña es unir lo del anti-

La muchedumbre humana ante Prometeo (de Teilgild.) Prometeo robó el fuego y la luz a los Dioses. Estos le robaron la libertad. La muchedumbre, agradecida a los dos robos contempla al mártir—genio con asombro y espanto. Ha sido siempre así, asustadiza y mema.

Van-der Stappen, estudia su monumento al trabajo. Estos escultores no son de España; el trabajo suyo es cincelar toros, toreros y caballos muertos. Y el monumento a Cervantes... bueno a Dios gracias.

El toro y el hombre. Hermoso símbolo de paz y trabajo que nosotros hemos convertido en majeza y vagancia.—*(De un monumento de Buenos Aires.)*

© Biblioteca Nacional de España

A ese borrico le parece admirable cómo toca ese mono. Y es que en *la región de los iguales* no puede menos de suceder así. No se protesta contra los grandes vicios del pueblo cuando se es vicioso, mieloso y logrero. Queríamos decir esto a nuestros amigos los... que no saben quién era Goya.

que no le ayuden a usted. Pero no creo sea lo peor el que se quede usted, al parecer, solo. Y digo al parecer, porque hay una agrupación, la más sólida, la más fuerte, la más influyente a la larga, una agrupación sin programa ni Comité y cuyos miembros ni siquiera se conocen entre sí, y es la de los solitarios. ¡No los neutros, no!

Dirán que está usted loco y se lo dirán sus correligionarios (¿?) que de locos tienen poco. Y es que tiene usted ardor y entusiasmo en esta tierra donde no es ciencia, sino pasión lo que hace falta, en esta tierra donde aquel volcán, que fué el corazón de Costa, sucumbió bajo una apretadísima aguada, sobre la que heló después. Usted pasará siempre por un loco. Hágase abogado, pida un acta a Lerroux o al Gobierno—pero aun a éste acta de diputado republicano—, aprenda el caló parlamentario y hágase un bufete. O si no hable de Europa a capricho y definiéndola a su talante, y si usted no la conoce, mejor para eso.

¿Pero poner su vida, su ardor en una obra moral, más aún, religiosa, si se quiere, mística, en una obra de desbrutalizar al pueblo, de llevarle a otras preocupaciones, de que no malgaste su espíritu en un espectáculo atontecedor? Usted esta loco, decididamente.

La crueldad de la raza. Aunque no lo quieran ver nuestra crueldad es histórica. Nos place angustiarnos. El *garrote vil* es suficiente para inmortalizar a un pueblo cruel. Se comprenden así las estúpidas corridas de toros, olla del flamenquismo.

lamenquismo al republicanismo. Nadie más convencido que yo de la necesidad de un programa

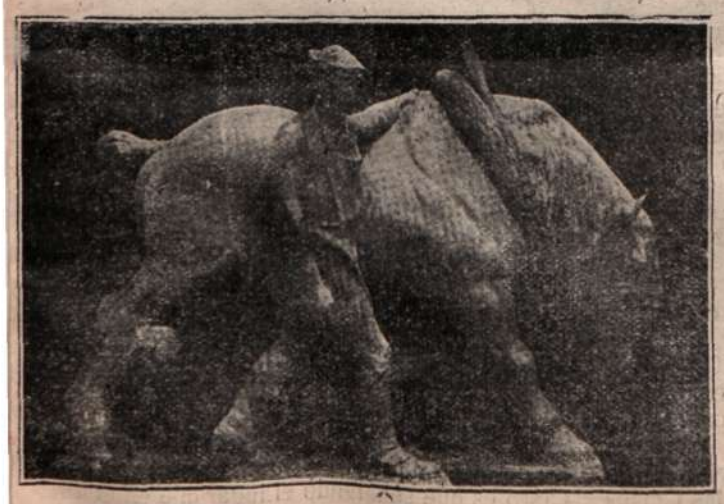
Las tres edades del obrero. Quisiéramos que la patria se diera cuenta de que solo el trabajo salva y que la lotería y los toros son todo lo contrario del *amor al* trabajo. Si por una peseta arriesgada *tocan* mil duros y por una hora de *baile lírico* en los toros gana un *nene* seis mil pesetas..., dónde eso suceda el *amor al trabajo es una camelancia.*

ítico de radicalísimas reformas, sobre todo el orden económico y social, pero nuestro ublicanismo español me aterra por su chanería, por la hórrida plebeyez mental que orroe. Lerroux o Melquiades están tan vas de ideal como Canalejas o Maura. Y us, que en el fondo es un místico – un místico Mazzini—, disuena en ese partido alimenio en la biblioteca Sempere. No me chocan

Y hay un aspecto, que no sé si usted ha estudiado, en los toros, y es el económico. Eso arruina a la ganadería. El otro día me dijo un ganadero de reses bravas que éstas acabarán con las ovejas, y encarecerá la lana y nuestras famosas merinas se habrán perdido. Hay gente que tiene que emigrar para dejar lugar á los toros; las dehesas en que pastan éstos, roturadas, mantendrían familias que se van. «Es que eso—dicen haría que bajase aun más el trigo.» Y es lo que hace falta, pues eso hará bajar las rentas, y si el terrateniente pierde, bien perdido está. La baja del trigo no va contra el labrador, sino contra el latifundioso.

Me dice usted que fué monje y seminarista. Bien se le conoce. Es decir, se le conoce que fué monje y no pudo seguir siéndolo porque en esos claustros, hogares de calor en un tiempo, hace hoy tanto frío como fuera de ellos. Eso hoy no es sino rutina. Tan sólo en alguna Cartuja viven una vida de callada protesta unos náufragos trágicos. Lo demás, el fraile es un republicano más, sólo que en vez de leer tonterías progresistas, lee tonterías teológicas.

Me habla usted de Zahonero. Nada sé hace tiempo de él. En estos últimos años me cobró cierto horror, no sé por qué. Para mí sigue siendo el hombre todo pasión y todo amor, a quien le ha matado este ambiente. Hay poca cosas más trágicas que la lucha contra la ms



Emblema severo de la paz y del trabajo. Entre nosotros un caballo y un ho significan tan solo una interrogación:—¿Cuál de los dos será más bruto? Por que si así no fuera. ¿Cómo sacrificaríamos los caballos entre los más horribles tormentos? ¡Oh Caballeros andantes si *abrierais* los ojos!...

seria de ese hombre bueno, a quien han dado

Un *tipo de la raza*. Bueno, vago, omnipotente vuelve de la *razzia* al convento llenas las alforjas. Pedir..., siempre pedir... y en burro, siempre en burro.

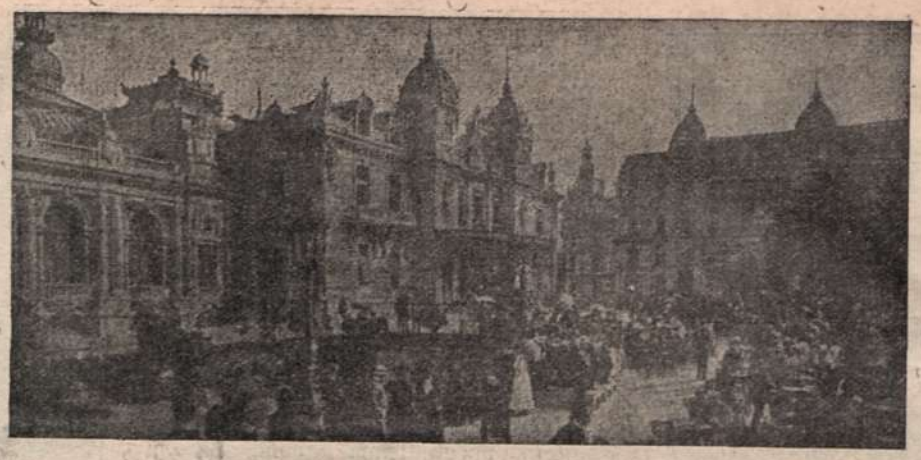
© Biblioteca Nacional de España

los cucos en no tomar en serio, aunque sientan a lo vivo sus espolazos. Yo tuve alguna vez una frase algo áspera, creo que injusta, contra él y acaso no la ha olvidado. Ahora le tengo perdido de vista; no sé dónde anda, ni qué hace, ni si escribe, ni dónde. De sus faltas y deficiencias no he de hablar, pues son en gran parte las mías. Pero yo tuve la suerte de coger una cátedra a mis veintisiete años y tengo una posición oficial. Verdad es que por dentro he llevado siempre, como buen vizcaíno, un zorro. Quiero ser cándido, es decir, franco, como paloma, pero no olvido ser astuto como serpiente. He doblado siempre mis audacias y sinceridades con una gran cautela. Digo verdades inoportunas, pero del lugar y tiempo de la inoportunidad juzgo yo y lo paso muy bien. Y a esto atribuyo mi eficacia. ¡Si pudiera darle a usted algo de zorrería para administrar su celo y su ardor! Sólo así se logra más, aunque a la larga.

Pero ánimo y no ceje. Y no olvide que hay un batallón de solitarios tras de usted.

Muy su amigo,

Miguel de Unamuno.



Casino de Montecarlo, letrina de Europa, hez de la Humanidad.

La historia de la Lotería, por Serra Martínez y un comentario financiero, por Federico Romero.

Este, que algunos llaman juego de azar, y que en realidad lo es, lo importó de Nápoles, y lo implantó en España por decreto en 1763, el rey Carlos III, y la primera extracción se verificó en la tarde del 10 de diciembre de aquel año, siendo director del ramo D. José Pella, napolitano de origen; la segunda, en enero del siguiente; la tercera en marzo, y sucesivamente una cada mes, excepto en los de mayo y agosto.

Desde el año siguiente hasta 1798, sólo se jugaron nueve sorteos, diez en 1799 y desde 1800 ya fueron doce, continuando así hasta 1810 en que se celebraron once sorteos.

En noviembre de 1811, en las Cortes de Cádiz, y a propuesta de D. Ciriaco González Carvajal, se reglamentó oficialmente la lotería en la forma en que hoy se verifica, destinando sus productos para sufragar los gastos del Hospital General.

En aquel año fueron 18 las extracciones y 13 en 1812. Entonces se interrumpió a causa de la francesada, no reanudándose hasta el 7 de diciembre de 1813, en que se empezó jugando una extracción al mes hasta 1817 en que hubo 14, jugándose mensualmente hasta 1830.

En 1831 hubo 20 extracciones, y de ellas cuatro en un solo día y tres en otro.

En 1832 hubo 17 jugadas, 14 en 1834 y 18 en 1851.

Los primeros números extraídos del bombo en España fueron el 18, 34, 80, 51 y 81, el 10 de diciembre de 1763.

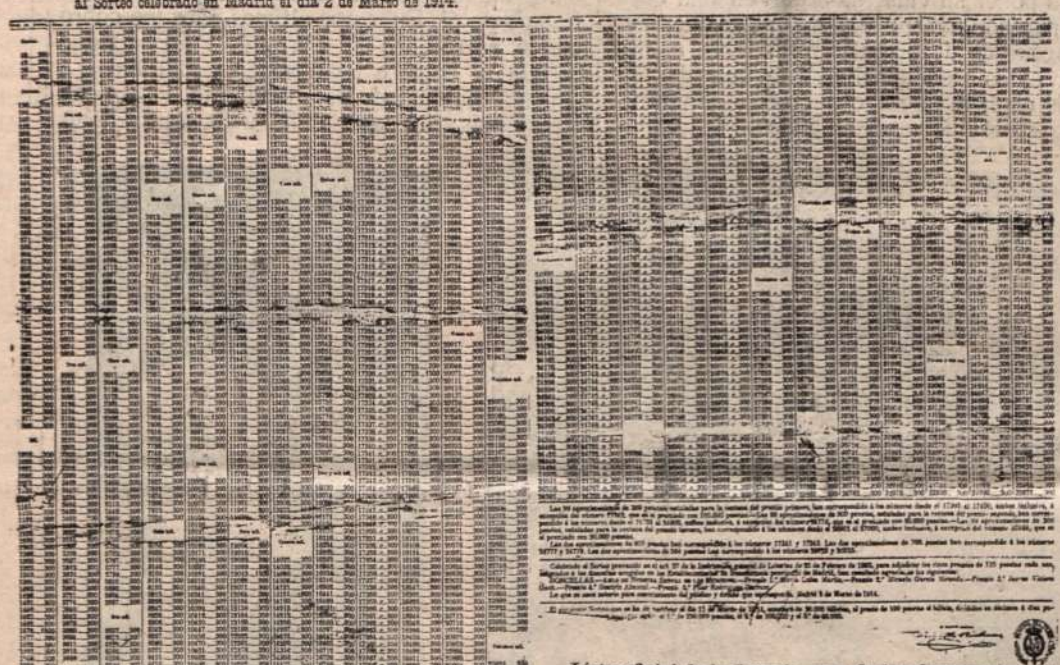
La lotería primitiva constaba sólo de 90 números, y con ellos podían hacerse 90 combinaciones simples, 4.005 con el ambo y 117.480 con el terno, pero no se vendían los billetes. En la tienda del lotero, cada jugador proponía las combinaciones que le parecía, las cuales se anotaban en un libro, y luego entregaba copia en un papel delgadísimo para que no pudiera rasparse. Aquel era el resguardo para cobrar el premio, el cual no era fijo, como no lo era la cantidad que se jugaba, pues era el mínimum un real de vellón.

El sistema era muy complejo, pues se premiaba no sólo en proporción a la cantidad jugada, sino a las probabilidades de éxito.

Intentaremos explicarlo:

Jugando cinco números a *terno posible* y al *ambo*, obtenían premio si de los cinco salían en la lista tres de los elegidos, y menor premio si salían sólo dos. El premio era mayor si se jugaba sólo al *terno seco*, o sea acertar tres cifras seguidas.

Existía también el *extracto simple*, que consistía en jugar a un solo número, señalando o no el puesto que había de ocupar en la lista oficial, que sólo contenía cinco números. Claro es que señalando el lugar que en el orden de extracción había de ocupar el número, y acertando, el premio aumentaba en proporción a la dificultad.



Lista oficial de la Lotería; uno de los documentos históricos indiscutibles y aplastantes de una degeneración social que llegó a los términos más clínicos que pudiera soñar un Le Bon, un Novicow o un Esquerdo.

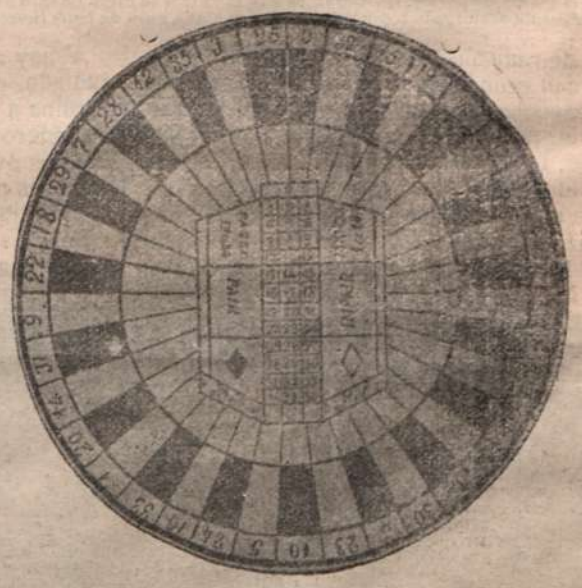
DIRECCION GENERAL DEL TESORO PÚBLICO

Y ORDENACIÓN GENERAL DE PAGOS DEL ESTADO

LOTERIAS

Lista de los números premiados en cada una de las tres series correspondientes al Sorteo celebrado en Madrid el día 2 de Marzo de 1914.

La guerra, de *Franck Stuck*. Hé aquí lo que nos tocó en la Lotería siempre; guerras y más guerras. El fantasma de la espada triunfante, paseó sobre cuerpos de españoles jóvenes su repugnante bestia. El pueblo sigue jugando y la guerra continúa sobre las espaldas del pueblo su marcha incontrastable.



La ruleta y el bombo de nuestra Lotería, se parecen en que éste es aún más execrable. El pueblo juega como va a los toros, y como los pensadores de España son pocos, y los pocos cobardes, ese pueblo se envenena, se pudre y se suicida, pidiendo neciamente un cirujano de hierro. ¡Ah, hipócritas, si existiera ese cirujano, su primera operación sería extirpar a la Raza los hígados y los riñones!

© Biblioteca Nacional de España

El *extracto simple*, con un solo número y sin señalar el lugar que debía ocupar, daba opción a ganar diez veces el dinero jugado, pero señalando el lugar se ganaba 50 veces aquel valor.

Si señalaban dos lugares, había que hacer dos puestas de dinero.

Acertando el *ambo*, se ganaban 170 reales por cada real jugado; en el *terno*, con la posibilidad del ambo, y viceversa, se ganaba menos que en el ambo solo.

En el *terno seco*, se ganaba 4.250 reales por cada real jugado.

Las jugadas se verificaban en lunes y se empezaba a tomar cédulas inmediatamente después del sorteo hasta el viernes anterior al siguiente; pero las jugadas de más de una peseta podían hacerse hasta el sábado a las once de la noche.

Para la operación del sorteo, se echaban en un bombo las 90 bolas ante el público y en presencia de un notario, y un niño del Hospicio sacaba de él las cinco bolas, cantando cada número a medida que lo extraía.

Al poco rato salían los chicos voceando por las calles «¡a ochavo los fijos!», vendiendo los números premiados escritos en tiritas de papel, pues no había más lista oficial que la que se exponía en la tienda de los loteros.

En el primer semestre produjo aquella lotería 575.476 reales, y al final del reinado de Carlos IV, en 1808, de su producto se entregaron 50.000 reales al Hospital general, 25.000 a la Inclusa, 26.117,50 al Montepío, 7.800 a las Arrepentidas y 5.000 a la Comunidad de Santa María Magdalena.

Añadiremos como detalle curioso, que los días de sorteo se regalaba a los soldados y al tambor que montaba la guardia en el edificio donde aquél se verificaba, la cantidad de 100 reales, *para refrescar*.

Como hemos dicho, en 1811 se instituyó el sistema que hoy rige, y aun cuando en 1887 se celebraron algunos sorteos por el sistema llamado de *irradiación*, que consistía en extraer cinco números cada uno de un pequeño bombo distinto que contenía del 1 al 0, con ellos se formaba el premiado que por derivación determinaba los demás premios, pero la innovación se desechó y volvióse al actual sistema que, por lo visto, perdurará entre nosotros para conservar las ilusiones entre los desheredados... y entre los que no lo son.

La *Bréval* en *Carmen*; obra prodigiosa de Ignacio Zuloaga. El mantón de manila es uno de los chirimbolos de la raza. En la *Historia* de las *brutalidades ibéricas*, que algún día se escribirá, figuraría el *mantón de la China-na* al frente de un capítulo soberbio. Sus flecos son ¡ay! lágrimas de sangre derramadas por la Raza a causa de los palizas que nos han *arreado* a pesar del florido e historiado y cacareado manteo. Además es el vivo recuerdo de aquella Manila que perdimos y cuya pérdida nadie se explicó.

Si alguno os dice que podéis enriqueceros de otra manera que por el trabajo y el ahorro, no lo escuchéis: es un envenenador.
Benjamín Franklin.

Difícilmente se encontrará un país tan rehacio al ahorro como España, precisamente porque toca las consecuencias de la disipación, sosteniendo uno de nuestros más terribles azotes (con permiso del señor ministro de Hacienda): la Lotería Nacional. El espíritu español, pronto a la protesta y a la violencia contra la exacción de impuestos, a veces justos por útiles, o tolerables por su escasa cuantía no alza su voz en una protesta contra el *juego legal*, que a todas luces es una contribución que establece el Estado por valor de treinta y nueve millones de pesetas aproximadamente, que es la diferencia entre lo que el Erario percibe y lo que paga, que es, en suma, lo que pierden los jugadores.

Suponiendo un jugador por ca-

La obra más bella que ideara Alma Tadema; *Una lectura de Homero*. Maravilla en esta obra el ambiente de ingénua belleza. Todas las figuras responden al ideal griego de la gracia y la fuerza. Parece que les envuelve el *aire* de los dioses cuyas historias escuchan. Y viendo el divino cuadro dan ganas... de irse a los toros a *una de sombra* a ver sangre de caballo viejo embalsada en la arena ardiente, mientras el *gladiador de las lentejuelas* recuerda a los héroes de Homero en...

Un bronce de Dittler lleno de gracia, belleza, encanto y alma; en fin, una *socia* como para... *alemanizarse*, que sería lo más acertado.

© Biblioteca Nacional de España

da billete, resulta que cada año hay 1.747.000 jugadores, de los cuales pierden 1.650.561 y ganan 89.439, o sea el 5,11 por 100. La probabilidad es, pues, risible.

Pero consideremos al *cuerpo de jugadores* organizado en Sociedad cooperativa o mutualista de ahorro. Con arreglo a los datos oficiales vemos que imponen anualmente pesetas 126.120.000 y que se distribuyen pesetas 87.261.472. Pues dicho se está que la Lotería Nacional es una cooperativa o mutualidad donde se depositan nuestros ahorros y donde perdemos 38.858.528 pesetas todos los años; es una cooperativa donde ingresan 1.747.000 socios (contados por el número de billetes), de los cuales 1.657.561 pierden todo su capital para que los demás obtengan una ganancia, que no contentaría al jugador de ruleta menos ambicioso, excepción de los ciento y pico que alcanzan un premio de los mayores; es una cooperativa que pugna con todas las ideas económicas y que nuestros representantes en Cortes habrían derribado si no constituyera una renta muy saneada para el Erario público o un impuesto voluntario que pagamos los contribuyentes, acaso el mismo día que nos hemos batido con la fuerza pública por no abonar el reparto de consumos.

En cualquier cooperativa de ahorro (que, como de ordinario, tendrá para el completo de sus imposiciones un tipo de 500 pesetas) las 126.120.000 que ingresan en la Lotería anualmente, podían constituir 2.102.000 imposiciones de 5 pesetas mensuales o bien 10.510.000 imposiciones de una peseta mensual. A esta cooperativa la consideramos repartiendo un dividendo de 8 por 100 y capitalizando por meses las cuotas ingresadas, según costumbre. En el caso de optar por las imposiciones de 5 pesetas, habríamos ingresado, al cabo de setenta y ocho meses, 819.780.000 pesetas; pero en virtud de la acumulación de intereses, contaríamos con un capital de 1.051 millones, es decir, que en seis años y medio habríamos obtenido una *ganancia* de 231.220.000 pesetas. Entretanto, en la Lotería, a razón de 38.858.528 anuales, se habrían *perdido* pesetas 252.580.432.

Optando por la imposición de una peseta mensual, al cabo de diez y ocho años y nueve meses (que es lo que se tarda en completar las 500 pesetas entre lo ingresado y sus intereses) tendremos desembolsadas 2.364.750.000 pesetas, pero contaremos con un capital de 5.755 millones, con lo cual habremos *ganado* 3.390.250.000, que percibirán los imponentes proporcionalmente a sus desembolsos. Con la Lotería, en cambio, en el mismo tiempo, *se pierden* 728.597.400.

En una mutual *tontina* o *chatelusiana*, cualquiera de las cuales invierte sus fondos en títulos de la Deuda pública al 4 por 100, esos millones que se lleva la Lotería, convertidos en imposiciones de una peseta mensual, sumarían, con sus intereses, acumulados en veinte años, 3.527.156.000 pesetas, sin que se hubieran desembolsado más que 2.522.400.000 pesetas. En el mismo tiempo, la timba nacional supone una pérdida de 777.170.560. Sobre esta distinta suerte del dinero en una y otra inversión, hay que hacer notar que las mutuales no distribuyen su capital total (sea en liquidación o en renta), sino a los socios supervivientes, por lo cual éstos multiplican extraordinariamente su imposición, en tanto que, mediante unas cajas de contraseguro con prima reducida, la familia de los fallecidos recogen las entregas del causante con un notable aumento.

Pues si de las cooperativas y mutuales pasamos a los seguros, en general, ¿qué consecuencias no pueden deducirse? Los 126 y pico de millones servirían, empleados anualmente en primas de seguro y calculando sobre un término medio del riesgo, para distribuir pesetas 4.289.795.918 a la muerte de los asegurados o para reponer inmuebles y mercancías incendiadas por valor de 50.448.000.000 pesetas, o para indemnizar a 4.500.000 braceros víctimas de accidentes del trabajo, etc., etc.

Y si, con todo esto, determinamos un movimiento activo del dinero nacional, ¿no se fomentarían mejor la agricultura y la industria y el comercio? ¿No recaudaría el Tesoro por impuestos de utilidades y por los que gravan cualquier manifestación de la actividad lo que hoy recauda por Lotería? Equilibrar en un momento con otras exacciones los ingresos de la Lotería en el Erario público, sería una quimérica vesania; pero en un plazo no muy largo, cuando en la vida pública se notaran los efectos del ahorro, podría ser empresa fácil.

Si en España se leyera, artículos como éste verificarían cierta transformación en la manera de pensar

(Dibujo de Cerezo Vallejo.)

Ruina humana magníficamente vista por el alma de un joven que ve dentro de la raza. Borrachera o pesadumbre, ¿qué más da?... Así es la raza. Borracha o loca de dolor, de tumbo en tumbo camina a la muerte civil, a la renuncia total de aquella vieja gloria que hoy copia Alemania y atesora Inglaterra. Tal vez esa inercia sea ya hábito y haya realizado sordamente la descomposición funcional del organismo. Si así es España, como el Oswaldo de Isen, puede esperar tan sólo ya un último ataque. España *se muere a chorros*

La Corrida de la Prensa, la Corrida de la Cruz Roja y la Corrida de Beneficencia.

Creeréis, sin duda, que al protestar, me mueve el conocido odio mío a las fiestas del Coso, y no es así.

Oíd si os da la gana.

Desde los cuatro años de edad hasta los once, dependí en absoluto de la caridad que con mi madre tuvieron hombres poderosos, dedicados, según ellos, a realizar el bien en los abismos de las clases bajas. Sé, pues, muy bien, lo que es la caridad.

Desde los once años hasta los catorce, estuve en el Colegio y Casa Misión de San Vicente de Paul, en Tardajos (Burgos), estudiando lo que son las Misiones y preparándome para ejercer ese ministerio de caridad y amor al prójimo. Sé, pues, demasiado bien, lo que es la caridad.

Desde los catorce años hasta los dieciocho bien cumplidos, aprendí en el Seminario Conciliar de Madrid lo que era aquel ardiente espíritu de la caridad, según San Pablo. Sé, pues, absolutamente bien, lo que es la caridad.

Desde los diecinueve hasta los veinticinco años, ya en bohardillas, ya en mi sótano de la calle de Leganitos, ya en los paseos solitarios, ya en mi éxodo por París, ya en las Bibliotecas, me saturé de la entraña del concepto *caridad*. Sé, pues, perfectamente bien, qué es la caridad.

Desde los veinticinco años hasta los veintiséis leí en el gran libro de la guerra del 1909 lo que es amar a nuestros hermanos. Sé, pues, admirablemente, lo que es la caridad.

Desde los veintiséis años hasta los veintisiete apreció en el ambiente de la cárcel (estancia núm. 1, en 1910; estancia número 2, en 1911) lo que es el amor a nuestros semejantes. Sé, pues, muy bien lo que es la caridad.

Por lo tanto os digo, si lo queréis oír:

Que hacer el bien pagando una diversión, sea ésta buena o mala; es hacerse uno a sí mismo ese bien que para los demás queremos.

Que el bien se debe hacer en silencio si es a los individuos o si entraña un acto social debe contrastarse con las leyes absolutas y eternas de la más perfecta moralidad.

Que estas leyes, ya sean las legadas por la Humanidad, ya las decretadas por la Convención de Ginebra, exigen al Jefe de Estado, a sus gobernantes y súbditos el más estricto y severo cumplimiento.

Que estas leyes están en la conciencia de los pensadores como imperativos categóricos y responden a la idea de toda bien gobernada república, o sea que el Estado rigile la trascendencia de toda diversión, su finalidad y motivo.

Que si las corridas son causa ocasional de un falso heroísmo, bastantes muertes, el martirio de los animales, una desconsoladora falta de respeto a las autoridades y una influencia perniciosa del lidiador en la opinión, bastante para apoderarse a veces de toda ella, las corridas están fuera de esas leyes preconizadas como morales por los pensadores y necesarias, por el Estado.

Que si el Jefe de Estado, por complacer las costumbres de un País, cede a las exigencias de ese Pueblo, ese Jefe se pone al nivel de su País.

Que la Cruz Roja, cuyo deber es hacer el bien, no debe buscar en la diversión codiciada de un País dinero para continuar haciendo el bien.

Que la Prensa, cuya substancia de vida es un apostolado de cultura, no debe lucrarse con los vicios de un Pueblo, aunque esos vicios tengan apariencia de legendarios o de hábitos dignos de conservación.

Que ante la inmensa hipocresía de todo un pueblo, el joven debe alzar su voz, aunque no sea escuchada y decir valientemente:

¡Divertíos, hipócritas, bajo la hoja de parra de un bien social! Pero a pesar de esa hoja se os ve la vergüenza de vuestra conducta...

Divertíos, hipócritas, diciendoos a vosotros mismos que contribuís a un gran bien público, cuando, de moverse vuestra voluntad a hacer ese bien, pudiérais realizarlo simplemente y en paz.

Divertíos y que mientras os divertís no muera un hombre que por divertiros arriesga esa vida por la que vosotros queréis, hipócritas, hacer el bien, el apostolado o la caridad.

Como nadie ha de oponerse, divertíos con la impunidad que da lo que vosotros llamais *la real gana* e insultad al único que se atreve a llamaros lo que sois: hipócritas.

Y sabed que yo no me atrevería a llamaros eso si antes, en diecinueve años de estudio y sufrimiento, no hubiera *sentido* y aprendido lo que es la caridad en la ciudad, el apostolado en el alma y el bien en el campo de batalla.

Eugenio Noel.

© Biblioteca Nacional de España

De nuestro matonismo.

(Conclusión.)

Y pongo a la cuenta de los primeros una gran parte de la causalidad sobre el segundo. «Chulos», «golfos» y «matones» son próximos parientes, y de estas tres cosas, que tienen su expresión más alta entre la gente del toreo, participamos poco o mucho la mayoría de los españoles. Cuando los de fuera nos pintan como el país de la majeza, *riñones*, de los toreros, el flamenquismo y el matonismo, tienen muchísima razón, pues aunque no es eso enteramente España (ni ellos querrán acaso, por lo menos siempre, aseverar tal cosa), es, desgraciadamente, todavía hoy muy característico de ella y uno de sus aspectos más representativos.

Bronce, de Roemer. Gentil figura de mujer, el bronce la torna más sugestiva, más bella. Como la luz recorta los contornos y se polariza en el bronce, las formas de la núbil adquieren un encanto más: la fortaleza. Recordad cómo los hebreos buscaban la *mujer fuerte*... Nosotros la hemos hallado; mirad al *lao* y la *guipareis* ..

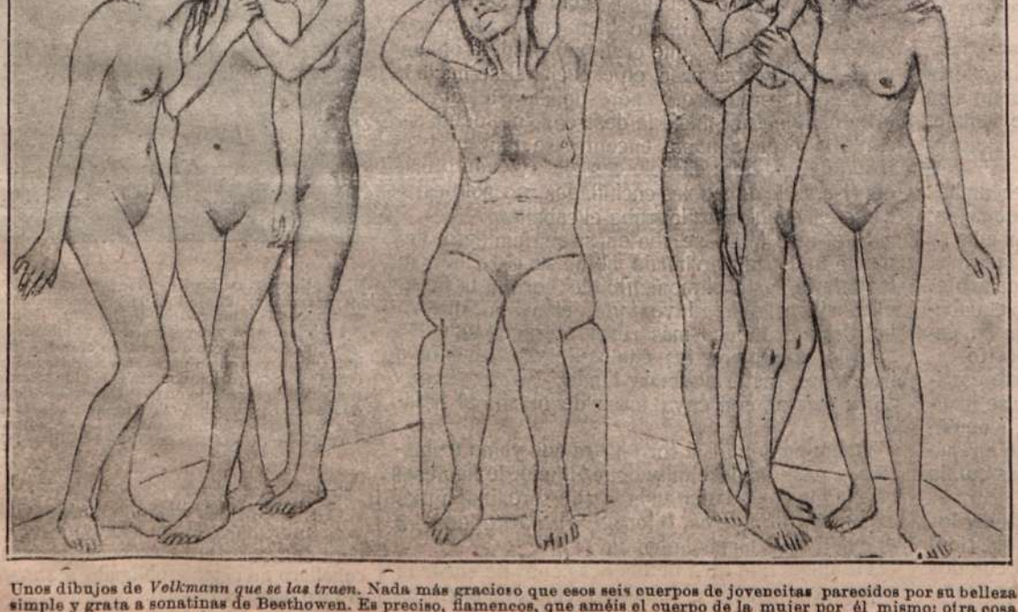
No alcanzo a comprender cómo los periódicos y muchas gentes no se percatan y hacen cargo del enlace dicho, y comprendo menos aún que, haciéndoselo, no varíen de ruta. Ultimamente, al ver que los toros iban a recibir un fuerte golpe si se aplicaba a ellos el descanso dominical obligatorio, han hecho lo imposible porque tales propósitos no llegaran a realizarse, y lo han conseguido. Diario de gran circulación hubo que, atribuyendo al Partido Socialista un gran peso tocante a la decisión que el ministro tenía que dictar sobre la inclusión de los toros en el Reglamento prohibitivo del trabajo en domingo, inclusión que los socialistas demandaban, como igualmente multitud de Sociedades obreras, se creyó en el caso de hacer una obstinada campaña contra el Socialismo y en favor de los toros, sabiendo que la dirección que él (el periódico de referencia) marca es la que suelen seguir los gobiernos, los cuales, muchas veces, hallan así, con tal baluarte, un modo de salir de sus compromisos lindamente.

Concluyamos, pues. Si la brutalidad y la guapeza son tan habituales como se ha visto entre nosotros, así desde el punto de vista mental como desde el práctico, no hay por qué extrañarse de que produzcan sus naturales frutos. Lo raro sería que así no sucediese. No cabe hacer con razon aspavientos porque ocurran los crímenes que a diario nos refiere la Prensa, ni tampoco porque en nuestras relaciones ordinarias sea siempre la violencia, la arrogancia y la valentía lo que predomine. Obramos conforme somos. Y si hay tantísimos influjos, los toros entre ellos, y con mucha eficacia, que están conspirando para hacernos brutales, ¿qué de particular tiene que brutalmente nos portemos? (1) Lo obligado sería combatir a toda hora, sistemática y persistentemente, la brutalidad. De no hacerlo así, y hasta haciendo con suma frecuencia lo contrario, ¿cómo querer verse uno libre de sus efectos? Al que no le toque ser víctima de ella hoy, le tocará mañana; al que se libre de alguna de sus formas caerá fácilmente en otra de las variadísmas y abundantes bajo las que se presenta.

Una mujer torera. De nuevo insisto en *colocar* aquí un retrato de *señorita torera* por dos razones: la segunda, porque *vista* la frecuencia con que se *visten*, de torero de calle o de *tidiader* de *lentejuelas* las señoras de los *cabarets*-Music-Halls y demás se pregunta uno si esos trajes son femeninos o *masculinos*: la razón primera ya la *habréis tañoo*. es *porque me da la gana*. *Ansioso!*.

(1) La lectura de los periódicos provoca en mí infinidad de veces esta reflexión. Por ejemplo: en el mismo número (el de 3 de marzo último—1905—) en que los diarios de Madrid daban cuenta, con fruición indecible de que el Consejo de Estado había emitido dictamen favorable a las corridas de toros en domingo, asunto por el cual tanto se han interesado y trabajado casi todos los periódicos, grandes y chicos, leí un suelto encabezado con el siguiente epígrafe, escrito con letras grandes: «CAFRERÍA EN MADRID. UNA MUJER MUERTA DE UNA PEDRADA. Los niños gozan en las calles de Madrid de la mayor libertad. Cometen todo género de desmanes, insultan al público, apedrean a las gentes pacíficas, persiguen al transeunte legiones de ellos cantando coplas y estribillos alusivos, antipáticos y molestos. . Ayer ha sido víctima de una de estas salvajadas, tan frecuentes en los niños, una pobre mujer. Ana Blasco Moreno, que así se llamaba, se dirigía por la calle de Fray Luis de León, con su amiga María González, a su domicilio. De pronto, oyó María exclamar a su amiga: ¡Ay, me han matado!, y al volver la cabeza, vió a Ana desplomarse en tierra perdiendo el conocimiento. A su lado había una piedra de gran tamaño que acababan de arrojar unos chiquillos que huyeron rápidamente al ver que Ana había sido alcanzada por el proyectil.» Y al leer esto después de lo otro, me pregunté yo, como me lo pregunto otras mil veces en casos análogos: ¿No verán las gentes la estrechísima relación causal y de auxilio mutuo que existe entre todas las salvajadas, la de los toros inclusive, que no es floja? Si se indignan o aparentan indignarse por las unas, ¿no advierten que las están fomentando al fomentar y defender las otras? ¿O es que, sin embargo de darse cuenta del hecho, les conviene, por otros motivos, pasarlo por alto y afectar que no lo perciben?

Dorado Montero.



Unos dibujos de *Volkmann que se las traen*. Nada más gracioso que esos seis cuerpos de jovencitas parecidos por su belleza simple y grata a sonatinas de Beethowen. Es preciso, flamencos, que améis el cuerpo de la mujer por él mismo; otra cosa es caer en los bajos fondos de la lujuria rabiosa y el *floreo* sañí tan grosero como inútil. Escrito eso, parece que *sobra*.

Extractamos este capítulo de la obra de *Criminalogía* y *Penalogía* del cien veces admirable profesor de Derecho Penal en la Universidad de Salamanca, al que testimonianos nuestro agradecimiento y verdadero afecto, reconociéndole como uno de los escasos grandes hombres que poseemos

© Biblioteca Nacional de España

Toros de antaño.

(Conclusión.)

Volviendo al siglo que me ocupa, diré que la entrada en la plaza se verificaba precediendo a todos los atabaleros y clarines, a caballo, a los que seguían lacayos que llevaban del diestro caballos de repuesto para los señores. Teníase a gala, y esto se exageró en la segunda mitad del siglo XVII, según expresa Carballo, sacar cada caballero gran número de lacayos, no *pajes* como se ha dicho en nuestros días, vestidos bizarra y uniformemente a sus expensas; así que hubo ocasión en que cada lidiador sacó cien lacayos. Estos seguían a pie a sus señores y al empezar la lidia se retiraban todos menos dos, uno de los cuales estaba destinado a dar al caballero los rejones, que el otro iba a buscar a la barrera, donde apercibidos los tenía, así como también le aguardaba allí otro sombrero, capa, estribos y espada, por si perdía los suyos.

Aquellos dos lacayos no eran, como en nuestros días se ha hecho, dos toreros de oficio, de los más hábiles, que aminoren el peligro del caballero con sus quites, sino lisa y llanamente dos lacayos resueltos acaso, pero no peritos en el toreo; así que dice el mencionado Galo, que el discurso de la tarde sería *fortuna deshecha* que no cogiese a ninguno el toro.

Una vez el caballero en la arena, si estaba el Rey, debía irse muy despacio a hacerle cortesía, y si por acaso la fiera le acometiese entonces hacer la suerte y acabar, sim emprender otra, y tornando a su andar reposado, hacer el imprescindible saludo, que después se extendía a los Reales Consejos y a las damas.

La Victoria de Poenios, gigantesca obra de arte anunciadora del mejor tiempo del arte griego. Siguiendo nuestro plan de despertar en el alma dormida de la Patria gérmenes vivificadores traemos a la memoria esta efigie poderosa—fuerza y luz—aurora del gran día de cuyos fulgores la Humanidad se enorgullece aún y todavía se sostiene.

Entraban con la capa compuesta sobre ambos hombros, según Cárdenas, y no sólo con rejón, sino con la espada ceñida, como que con ella se hacían las suertes más arriesgadas y famosas. Esto ya no lo hemos visto imitado modernamente.

Tres cosas principalmente necesitaba el caballero y eran: valor, saber gobernar bien su caballo y buscarle de condiciones a propósito.

En estas no estaban conformes los que escribían sobre el toreo, y mientras unos se inclinaban a que fueran pequeños, otros los recomendaban más que de la marca, fundándose en que desde estos se hacían mayores las heridas con la espada.

Debían herrarse tres o cuatro días antes y los sacaban con freno y estribos muy brillantes, riendas berberiscas, guarniciones de lo mismo, con dos cinchas apretadas y silla a la jineta, aunque también montaban a la brida para picar con varilla.

Los rejones debían tener ocho palmos con manija y hierro y había de preparar cada caballero los que calculase que podía quebrar en el discurso de la tarde. Hacíanse de madera seca y lisa más gruesos que delgados, ya porque así, al quebrarlos, daban gran estallido y esto agradaba mucho al vulgo. Los mejores eran llamados de *lancilla*, con las aletas muy recogidas, para poderlos sacar en caso de no quebrarlos.

Debían ponerse desde la nuca nasta la cruz, pués clavados en otro punto, como por ejemplo en los brazuelos, era en descrédito del caballero.

El toro debía buscarse a buen paso, llevando el rejón tendido sobre la cadera, el hierro a la izquierda, no sacándole para hacer la puntería hasta hallarse ya cerca del toro.

Si este no embestía no debía salirse de suerte, pero sí estrecharle, acercándose dos o tres pasos. Algunos se metían hasta el toril, para deslumbrar al pueblo con su arrojo, pero esta suerte, en opinión de los entendidos, *más tenía de hazañería que de riesgo.*

La suerte del rejón era sólo de caballeros: pero si tal como era denotaba destreza y gallardía, la suerte por excelencia, la que requería valor, habilidad y esfuerzo, era la de la espada, no imitada en nuestros días.

Ya he dicho que los caballeros salían a lidiar llevándola ceñida, pero no era aquella la usada para la lidia. Esta debía ser más corta que larga, poco más de vara, ancha de tres dedos, de un solo filo y recta.

En tres casos, principalmente, se hacía uso de ella: bien cuando después de poner rejones al toro, quería el caballero acuchillarle, hasta darle muerte, si podía; bien cuando había de *satisfacerse*, o bien en los *socorros*, que eran su primera obligación. En el primer caso, en especial si se hacía la suerte a toro parado, y por supuesto a caballo, era donde más se lucía la destreza, no debía sacarse la espada hasta encontrarse tan sobre el toro, que pudiera dársele con ella, y cuanto más deprisa se le daban las cuchilladas, no sólo estocadas, más aplausos lograba el caballero.

Si el toro huía, se iba en su seguimiento, llevando la espada arrimada al muslo derecho, sin levantarla hasta el momento de herir a la fiera, pues si se llevaba levantada, el vulgo, que ya he dicho era poco más respetuoso con aquellos caballeros que con los chulos del día, levantaba insultante gritería demandando: *¡San Jorge! ¡San Jorge!*, con cuya frase denostaba al lidiador.

Debía perseguir al toro hasta que ya no embistiese, o se hallase muy acuchillado, le hubiesen barajado ya los del vulgo que toreaban a pié, echándole los perros, o tocado a *jarrete*, que era el modo de rematar la bestia.

He dicho que otra de las ocasiones de sacar la espada era cuando el caballero tenía que *satisfacerse* y voy a explicar lo que esto significaba.

Los entendidos que más a punto de honra llevaban las suertes del toreo, exigían que tan pronto como el lidiador dejase caer la capa o sombrero, o perdiese estribo, acicate u otra prenda o alhaja que llevase, tenía el deber de irse al toro a darle de cuchilladas, si bien no era obligatorio matarle, quedando *satisfecho* tansólo con herirle, y de esta obligación no se libraba aunque hubiese rejoneado con primor.

En opinión de los más rigoristas debía hacer lo mismo si el toro le hería el caballo; no obstante, otros sostenían que ni en este ni en los demás casos había necesidad de *satisfacerse*, porque, decían, *el toro no tiene la culpa del descuido de uno* (1).

Cuando el toro mataba el caballo o el jinete caía, entonces era obligatoria la peligrosa lidia a pié, con la espada.

El Beethowen, de Emilio Bourdelle. Ahí tenéis, flamencos, un *melenas*. Bajo ellas se concibieron centenares de melodías que no serán JAMAS igualadas por NADIE. Si hubiera nacido en España los niños le hubieran apedreado al verle, habrían abortado las embarazadas y ladrádole los perros. Es muy frecuente, puede decirse general en nuestra pobre Patria, oir en voz alta insultos repugnantes y agresiones en palabras cuando alguien encuentra a otro en cuyo aspecto se ven las huellas del ideal o del estudio. A un torero que enseña el culo—que sin perdón así se llama—nadie le dirá nada, si no que le venerarán todavía; pero al hombre que en su parte exterior dice lo que es con valentía y lleva en la cabeza la señal de su ideal ¡ah! a ese le increparán con asco, con sorna, con esa estúpida y siniestra cobardía, símbolo hoy de nuestra raza. Ahí tenéis a Beethowen, vagos. Ahí tenéis al hombre bajo cuyos *relos o pelucá o pelanas* se concibió aquella *Sonata a Kreuzzar* que es el poema del amor más grande que haya concebido la Humanidad. He ahí, bitongos, el autor de aquella Novena Sinfonía en torno de la cual andan todavía los músicos como entontecidos ante una modelo insuperable, sinfonía en la que el *melenudo* vertió el encanto de aquella Oda a la alegría que escribiera Schiller, alegría serena de una serenidad a la que vosotros estáis negados... por *ignorantes*.

(1) Del primer modo opinaban Gallo y Gutiérrez y el autor anónimo del *Arte de torear:* de la otra manera de pensar era Cárdenas, si bien decía que el caballero no estaba obligado a *satisfacerse* cuando el toro hería el caballo.

Aquella no se parecía en nada a la *brega* de los matadores del día: se cumplía con dar dos pasos hacia el toro, con la espada empuñada, y si no embestía, había cumplido el lidiador.

Sostenían, sin embargo, los aficionados de corazón, que esto no bastaba y que era preciso hostigar al toro y acuchillarle, y tanto se empeñó la cuestión, que el mismo Rey mandó escribir sobre este punto, resolviéndose que no buscando al toro en tales casos no se faltaba.

Pero el que se resolvía a buscarle, debía ir pausadamente, echarle la capa sobre la cara y acuchillarle, habiendo alguno de tales bríos que cortaba al toro la cabeza a cercén.

Este esforzado lance lo pinta al vivo Tirso de Molina, en su comedia de costumbres *Marta la piadosa*. El criado Pastrana, figura que ve lidiar a su amo D. Felipe en la plaza de Illescas, y dice:

PASTRANA. ¿Vióse más desatinada
temeridad? Con la espada
desnuda, la capa embraza,
y dando ojos a la plaza,
la bestia acomete airada.
¡Grande esfuerzo y gentileza!
¡El toro cierra con él!
¡Golpe extraño! ¡Gran destreza!
¡Digno es de español laurel!
¡Cercenóle la cabeza!

(Act. 1, esc. X.)

Finalmente, he dicho que el *socorro*, lo que hoy se llama *quite*, era la primera obligación del caballero. No sólo debía prestarse cuando lo pedía una extremada necesidad, sino en cuanto parecía que se podía pedir. Como recompensa, los caballeros estaban libres de la pena de excomunión, en que incurrían los que toreaban a pie. Debía darse, no sólo a los caballeros, sino a los peones.

Cuando aquéllos no tenían esfuerzo para matar al bruto a cuchilladas, pero le ponían mal parado, se dejaba en poder del vulgo y entonces lo agarrochaban los varilargueros de a pie, y tocando a jarrete con clarines y chirimías, mataban al toro, y viniendo las mulas de la villa

Al jarretado sacan
Con su ordinaria prisa,

como dijo Benavente. Estas mulas eran seis con campanillas, y se dice que introdujo esta costumbre el corregidor de Madrid D. Juan de Castro, que lo fué de 1622 a 1625. Ya es, por tanto, la costumbre antigua.

La lidia entonces ofrecía extraordinarios riesgos y todos los años había gran número de víctimas; así que el Padre Pedro de Guzmán, que publicó a principios del siglo XVII un libro titulado *Bienes del honesto trabajo*, asevera que en las fiestas de toros morían en España, un año con otro, doscientas o trescientas personas.

No es, por tanto, de extrañar que las Cortes de Valladolid en 1555 pidieran al rey la supresión de las fiestas de toros, si bien nada se consiguió, como sucedería en nuestros tiempos si se tomasen en consideración las proposiciones de algunos representantes del país, animados de iguales humanitarios propósitos.

Entonces se sobrepuso a toda la afición de los magnates, que por sí mismos tenían a gala tomar parte en tan peligrosa diversión. Hoy, los que se contentan con presenciarla, dejando el riesgo para los toreros de oficio, claman desesperadamente si alguna voz se levanta para que se supriman las corridas de toros, a las que, con dictado poco honroso ni envidiable para la patria, ha dado ahora en llamarse *fiesta nacional*.

Julio Monreal.

La Venus de Milo, un *cánon* de belleza femenina legado inestimable de aquella Raza de la cual, a medida que nos separamos, vamos comprendiendo mejor lo que somos—decíamos. El profesor de la Universidad norteamericana de Harvard, Duley-Allen ha encontrado estas medidas en la estatua incomparable.

Altura, 1.62 m.; cabeza, 0.54 m.; cuello, 0.36 m.; pecho, 0.840 m.; talla, 0,660 m.; caderas, 0.965 m.; muslo, 0,570, m.; pantorrilla, 0,351; tobillo, 0,185 m.; brazo, 0,317 m.; antebrazo, 0.298 m.; muñeca, 0.148.

Ahora, con estas medidas, que son todo un poema, haced chistecitos.

La chunga es el más interesante de los *pataleos*.

Imparciales en absoluto y deseando que EL CHISPERO sea una colección de documentos sobre las corridas, el flamenquismo y su vasta secuela, insertamos el anterior artículo tomado de una vieja revista ilustrada que para bien de la cultura patria todavía sigue publicándose en Barcelona.

Para el Sr. Ministro de Hacienda.

Más sobre la defraudación a la Hacienda por las Empresas de toros y los toreros.

De intento dejé para este segundo artículo el tratar del impuesto que grava el capital de las Sociedades anónimas. Este impuesto es tan exiguo que casi toca en lo risible.

Recordarán los lectores que en mi artículo anterior demostré de una manera indubitable que los empresarios de toros, para evadir el pago de la contribución industrial que según el reglamento les corresponde, apelaban a la treta de fingirse constituídos en Sociedades anónimas. Recordarán igualmente que, no contentos con cometer esta defraudación, amañaban los balances de la Sociedad anónima de tal forma que no arrojasen beneficio alguno, o que fuera insignificante, para así no satisfacer tampoco el impuesto de utilidades que debieran.

Pues bien; puestos los empresarios de toros a defraudar a la Hacienda nacional, escatiman hasta el céntimo y llegan en su defraudación a lo inverosímil, como ahora veremos.

Las Empresas de toros constituídas en Sociedades anónimas pagarán el 6 por 1.000 del importe de su capital, con arreglo a los artículos 2.º de la ley de 29 de diciembre de 1910 y 9.º del real decreto de 25 de abril de 1911, dictado para el desenvolvimiento y aplicación de aquélla. El impuesto de por sí es exiguo, como decía al principio; pero los empresarios de toros, en su avaricia, lo hacen más aún.

El procedimiento es sencillísimo: como no son en el fondo tales Sociedades anónimas, y no existen, por lo tanto, verdaderos accionistas, ni se emitirán más acciones que las que figuran en las escrituras de constitución, simulan que la Sociedad cuenta con un capital pequeño, sólo el preciso para satisfacer el importe del arriendo de la plaza, allá en donde se tome en arriendo. ¿Qué accionistas han de protestar, si realmente no los hay? Si hiciera falta más capital del consignado en la escritura, ¿para qué la ficción de emitir más acciones, si todo el dinero sale del mismo bolsillo?

Así es que la Sociedad, simulando estar constituída, por ejemplo, con un capital de 50.000 pesetas, sólo pagaría 300 pesetas por el concepto dicho, y muy poco o nada por utilidades, sabiendo, como sabemos, la manera de amañar los balances para que no aparezcan beneficios. Y véase cómo una Sociedad que puede tener grandes rendimientos, y que sin duda los tiene, con 300 pesetas al año aparece colocada dentro de la ley cuando si tributase por industrial como persona individual y no como Sociedad o persona jurídica, tendría que pagar 30, 40 ó 50.000 pesetas anuales, según el número de corridas que celebrase. La diferencia de una a otra cantidad se traduce en una enorme pérdida para el Tesoro, que justamente podría evitar con sólo hacer que las Empresas de toros tributasen por industrial, como anteriormente sucedía.

Hace unos días, en las columnas del *Heraldo de Madrid*, el Sr. Navarro Salvador, en uno de esos luminosos trabajos estadísticos, aludía a la Empresa de toros de Madrid patentizando los miles de duros que satisfacía al Estado cuando tributaba por industrial, y la insignificante cantidad de pesetas que hoy paga acogida al regla-

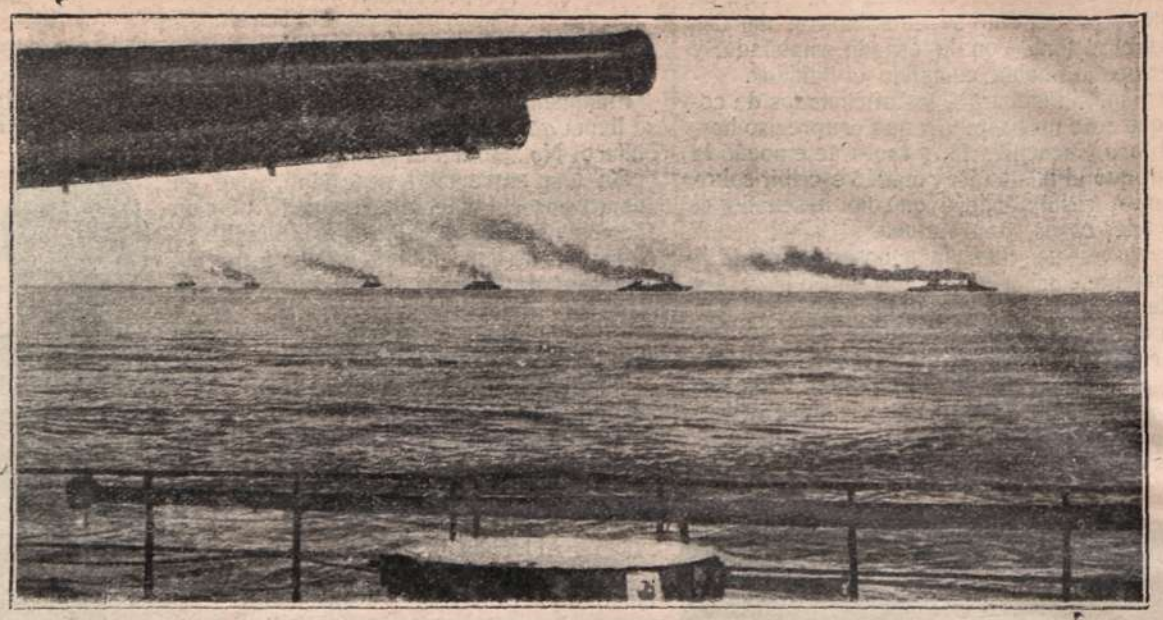
© Biblioteca Nacional de España

mento de utilidades. Hará unos tres años, según mis noticias, la Empresa Mosquera, arrendataria de la plaza de toros de Valencia en aquel entonces, satisfizo en aquella provincia por el concepto de contribución industrial, y por los dos años que fué arrendataria, la cantidad, poco más poco menos, de 75.000 pesetas, las mismas que le fueron devueltas obedeciendo a una resolución del Tribunal gubernativo del Ministerio de Hacienda, que estimó como bien constituída la Sociedad anónima, y, por tanto, exenta de tributar por el concepto de industrial. Y como no aparecieron utilidades, se defendió sin pagar por este concepto ni una perra chica.

¿Es esto justo? ¿No clama al cielo este cinismo en el defraudar con la complicidad de una ley que será beneficiosa en países en donde el concepto de ciudadanía esté arraigado, pero no en nuestra España en donde el engaño está a la orden del día?

¿Qué país es este en donde hasta las leyes parecen hechas con el fin de dar pujante vitalidad a la llamada fiesta nacional, que nos deshonra? Bien que una industria útil, beneficiosa, glorificadora, tenga todas las benevolencias proteccionistas del Poder público, todos los cariñosos cuidados del Estado, que se mire mucho en no recargarla con tributos que la ahoguen; pero la fiesta de os toros, engendradora del flamenquismo, que es la carroña que nos roe, debe estar perseguida con fuertes tributos, con tributos defensivos contra ese vicio. Pero visto que el vicio está hasta en la medula de nuestros gobernantes, puesto que ex ministros y legisladores no dudan entre ir a una corrida o informar o atender lo que en las Cámaras se dice sobre el grave y vital problema de Marruecos, queremos que en el campo de los tributos se mida a los industriales que se dedican a la explotación de plazas de toros por el mismo rasero que a los restantes industriales. Y no es mucho pedir. En cuanto a los toreros hemos de decir, ampliando nuestro anterior artículo, que según el epígrafe 2.º, letra D de la tarifa 2.ª de la ley de 27 de marzo de 1900, están obligados a contribuir con el 5 por 100 de sus retribuciones o gratificaciones ordinarias o extraordinarias, cuya contribución se recaudará por recibos talonarios. según el artículo 39 del Reglamento de 18 de septiembre de 1906. Esta tributación es realmente insignificante, puesto que en industrial, por ejemplo, las reclamaciones de agravio por exceso en la cuota impuesta no se admitirán sino cuando el gravamen exceda del 15 por 100 de las utilidades, conforme el artículo 102 del vigente Reglamento de industrial También salen beneficiados los toreros por sus utilidades, con relación los propietarios de riqueza rústica o urbana, toda vez que vienen obligados por la ley a pagar el 21 o el 18 por 100, respectivamente, de su utilidad imponible.

De manera que, de los toreros, tal vez inconscientemente, cuida el Estado como si fueran preciadas joyas nacionales, y en tanto que a los restantes contribuyentes, por industrial o territorial, les exige como contribución un 15, un 18 o un 21 por 100 de sus utilidades, a los toreros les rebaja, seguramente por sus *reaños* ante la *fiera astada*, el tipo de imposición al 5 por 100.



Las escuadras francesas del Mediterráneo desfilando orgullosamente. Esos penachos de humo nos causan envidia. Nosotros quisiéramos poseer buques como esos y un poderío semejante. Pero el 98 nos aplastó, nos reveló que aquella vieja rava marinera se había agotado al secarse el manantial riquísimo en que la raza se generaba. Es, por esos barcos, por lo que España anda a gatas en Marruecos, siendo el hazme reir de Alemania, que fué nuestra salvación y no la quisimos.

Fragmento de un cuadro de Kolback. No es necesario explicarle. Vedle bien abiertos los ojos y el símbolo del cuadro como un rayo de luz en el negro ambiente de guerras que respiramos surgirá ante vosotros.

Hoy que corren *aires* de *hule* es conveniente recordar a estos mártires. ¿Cuántos se sacrificarían como ellos, hoy, por las ideas?... *Denguno*, niños, *denguno*.

Máximo Gorki. Menos literato que nuestro Pío Baroja, tiene la aureola de una rebeldía eficaz. Enfermo de muerte hoy, es su muerte la acusación del imperialismo siniestro ruso.

Vitelio el emperador, asesinado en las calles de Roma por el pueblo (cuadro de Rochegrosse en el Museo de Sens.) Las venganzas del Pueblo son siempre justicias y los gobernantes deben aprender que si con loterías y toros los pueblos se afeminan y desprecian a los pensadores llega un día en que los pintores sustituyen a los *ideólogos* y legan a la posteridad cuadros horribles.

La barricada, de Eugenio Delacroix (Museo del Louvre). Amigos correligionarios, aquí tenéis una visión magnífica del *mal genio* del Pueblo. Es curioso que la libertad, que es filosófica, pacífica de suyo y algo amiga de las meditaciones, se lance a la calle como una leona cuando alguien la *hurga* en las *nápias*. Hemos dicho.

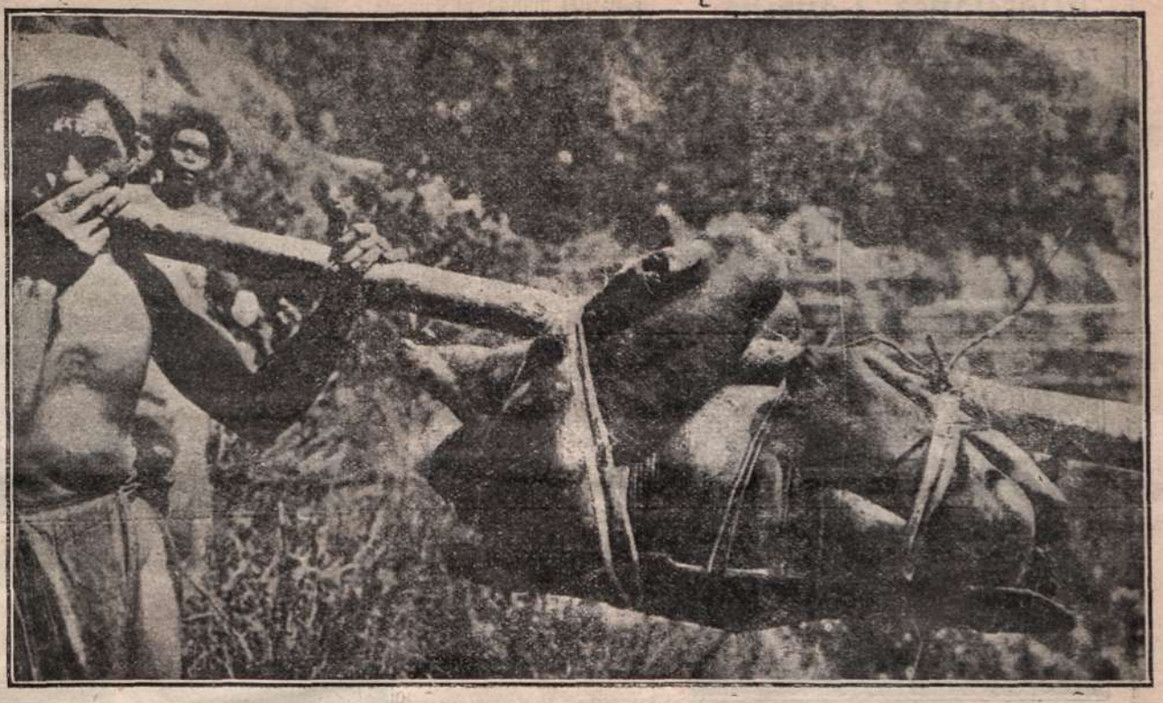
© Biblioteca Nacional de España

De contribuir los toreros por el sistema de patentes, según tenemos dicho, y suponiendo que un espada tomase parte en 50 corridas al año, pagaría 15.000 pesetas, al respecto del 5 por 100 en cada una, cobrando 6.000 pesetas por corrida.

Podrían establecerse diferentes clases de patentes, según la categoría de los diestros y el número de corridas para las que hubiesen estado ajustados el anterior año, y se alcanzaría una brillante recaudación, colocando a los toreros en el mismo plano que a los demás contribuyentes e impidiendo la escandalosa defraudación contra la cual clamamos.

Creo yo que el tipo de imposición debería ser superior al actual del 5 por 100, ya que todos los contribuyentes tributan por tipo más elevado.

Queda la idea apuntada para que la desarrollen y hagan efectiva los encargados de legislar y administrar los bienes del Estado.



Un hombre preparado para ser asado y comido en las islas Filipinas. (Fotografía interesantísima de Le Miroir). Además de ser un documento humano de un inestimable valor se me ha ocurrido que como término de comparación de nuestros *flamencos rabicsos* no está mal; pues si los buenos canibales asan con esmero *su hombre* antes de comérsele, nosotros nos comemos a los hombres *crudos* y después de insultarlos con los dicterios más bárbaros. *¡Qué cosas tiene este Noeliyo!...*

En la práctica, el tipo contributivo de imposición al 1 por 100 queda reducido, cuando más, a un 1 por 100. Recuérdese si no mi anterior artículo, en el que hablaba de los recibos dobles que las Empresas hacen firmar a los toreros, y digan los delegados de Hacienda provinciales si Belmonte, los Gallo, Gaona, Pastor, etcétera, figuran en las declaraciones juradas que presentan las Empresas en sus respectivas dependencias con una asignación mayor de pesetas 2.000 ó 3.000.

Francisco José, emperador de Austria, de avanzadísima edad y a cuya muerte ocurrirá un cataclismo europeo, pues a su hijo le sucede lo que al hijo del Kaiser Guillermo que... *ploran las churipos en el barinó*, es decir, que lo ven todo con gemelos de campaña.

Juan Pardo y Busto.

El ministro de Hacienda, si no hace como Romanones, que se va a los toros en vez de a las Cortes.—¡Oh símbolo!—no hará caso.

La Paz. Los últimos escándalos del Congreso nos obligan a suscribir las palabras preciosas de nuestros diputados: *Si la paz no se decreta, como no puede decretarse la aurora* (Hugo) por lo menos, y es lo menos que podemos pedir a las camarillas, gobernantes y demás, que la paz vaya iniciándose, sea como sea, aunque el *honor nacional* peligre. Que eso del honor es un taparrabos con el que ya nadie va estando conforme. Con eso del *honor* se cubre muy bien la ignorancia, la agresividad y toda clase de gatuperios. ¡¡¡Paz!!!

Y doy fin a esta campaña, que mi conciencia reputa como atriótica, justa y beneficiosa para los intereses del Estado, defraudados en enormes cantidades por las desaprensivas Empresas de toros.

Señor Ministro de Hacienda señores Senadores y Diputados: lean detenidamente mis dos artículos y digan si se puede tolerar tamaña defraudación en perjuicio de los intereses del Erario público. La solución ya quedó apuntada. SS. SS. tienen la palabra y en sus manos está el remedio.

* * *

Galdós en los tiempos en que hacía la primera serie de sus «Episodios», la más hermosa y tal vez la única *que quede*. Ya propósito, os rogamos que *eso* del premio Nobel no quede en aguas de Cerrajas, como ha quedado la Suscripción. ¿A que váis a tener que recurrir los a toros para..?

Rezonville, de Morot. Un espectáculo de sangre digno de los animales carniceros y del rey de los animales. Los que quieren provocar escenas parecidas, los que aman los espectáculos guerreros, debían ser condenados a leer todos los libros que daba *Noeliyo* en el número anterior del Chispero, previamente recluidos los *bitongos imperialistas* en el Museo de la Paz levantado en Ginebra por Juan de Bloch. Como hoy se discute eso de las *cargas y descargas* allá vá esto.

© Biblioteca Nacional de España

Miscelánea Taurina.

Defensa del caballo.

Es infernal, por ejemplo, lo que está pasando con los caballos viejos, enfermos o extro-

Capricho cien veces admirable de Goya. Esa cesta con cuernos es un emblema nacional tan nuestro que no esos *calaveras*, sino los mismos niños la tienen como juguete predilecto.

creados que esta bíblica Inglaterra exporta a Bélgica y a Francia.

El rapto de Europa por un toro. No queremos que falte en nuestra *miscelánea taurina* ningún ejemplar de estos *bichos* por si los ganaderos los copian. *¡Anda la órdiga..., la que se iba a armar si ese toro saliera a la plaza!...*

Como ya no sirven para trabajar, y como al inglés le da mucho asco la carne de caballo, se los manda al francés y al belga, que tienen en los barrios pobres muy ricas carnicerías hípicas. Bien recuerdo la gracia que me hizo la primera vez que caí en París, el ver una carnicería de éstas. En un sangriento trozo de carne momia, colgado de un garabatillo, se leía: *Asno de primera calidad.*

Cuadro de un inglés La suerte de varas. En la *Nacional Gallery* se exhibirá durante muchos siglos esta muestra de nuestro salvajismo e impotencia, incomprensible manía de un pueblo sin jefes, ni pensadores, ni riendas, ni estribos.

En sólo dos meses ha expedido Inglaterra a esas naciones 5.046 caballos de desecho. A España no ha mandado ninguno, por más que son de los llamado «buenos para la pica». Es que España está lejos y se morirían casi todos en el camino. Sería, pues, mal negocio. Pero los pobres cuadrúpedos juro que saldrían ganando. Morirían antes sea en el mar, de mareo, sea en corridas, de bárbaras cornadas.

Destinados a la alimentación de los franceses y belgas pobres, y también a la de los leones, tigres, chacales, hipopótamos y otras fieras aburridas de los parques zoológicos, su agonía es bastante más larga.

Y hasta más atroz. A palos y rempujos se les hace caber en un barco, y el martirio que sufren en la travesía es espantabilísimo. Con las cabezadas y bandazos del buque vacilan como ebrios, corriéndose a una y otra banda, y uno cae, y otro sobre él, y otro, y todos forman grandes montones de caídos.

Horrible espectáculo de una enfermería de Plaza de toros. ¿Qué concepto tendréis de la vida de un hombre, y de un hombre al que juzgáis *tipo de la raza* cuando *pagáis* por verle morir o salir airoso de un bárbaro peligro (lo que es lo mismo), y le preparáis además la *cama* para curarle? ¿Se puede dar una inmoralidad más repugnante?...

Luego, hechos un asco, se levantan con desesperada coceadura, tambaleantes, jadeantes, temblorosos, corriéndoles terrores por las crines, espumajosos los ollares, arrancadas las costras de todas sus llagas, mostrando al infinito cielo, en horrendo relincho, sus desdentadas bocas. Así se están un rato, queriendo tenerse y no pudiendo. Hasta que vuelven a caerse y a patearse en montón.

Capea clásica. Nada falta ahí para *poner de relieve* lo que semos. Casas con balcones semejantes á claustros de conventos viejos; moradas de yeso, *cal y canto y arena*—dice el pueblo—en hacinamiento monstruoso; el gran telón de la iglesia de piedra amarillenta, presidiendo la fiesta bárbara, permitiéndola, amparándola; porque la Iglesia, a darle la gana, *arrancaría de cuajo* esa diversión... *y no le da esa gana...*

Los hay de todas castas, alzadas y pelos, y que hicieron en Inglaterra toda clase de trabajos. Caballos agríco-

Un quinto de este año. (fotografía publicada hace días en una gran Revista popular). Por algo es España la patria ideal de *los fenómenos...*

© Biblioteca Nacional de España

Esta fotografía, tomada en la rada de New York, explica la fotografía de al lado tomada en la plaza de las Cortes. El Quijote es una de esas obras gigantes contra las que los Siglos nada pueden. Pero como nosotros nos pasamos los Siglos por donde se pasaba el tío Tabique el burro, *de ahí* que no nos parezcamos a los Norteamericanos en la grandiosidad que dan a lo que les importa. Se comprende así, la paliza que el 98 nos *arrearon* y que está esperando su *Cervantes*.

Pisapapeles *trágico-cómico* que quiere representar a Cervantes. Está delante del Congreso. Está en el sitio más *europeo* de la capital de España. Está muy mal. Está pidiendo a voces que lo *echen abajo*.

las mineros, fabriles, de fiacre, de carro, de sirga; quizás algunos de circo; quizás algunos de regalo y pasaron a ser rocines; quién sabe si algún antiguo corredor, «hijo del viento». Héticos, epilépticos, asmáticos, sarnosos, viejos, salivosos, trasijados, de

Raku, un héroe ya olvidado, que resucitamos para explicar por qué España no *crea* y *cría* tales *fenómenos*. La fuerza de este hombre era pura ciencia. El conocimiento profundo de la anatomía humana le daba el *arte* de destreza, la pasmosa agilidad que le hacía victorioso de atletas corpulentos. El *jiu-jitsu* es obligatorio en todas partes por eso. Nosotros diríamos a Rakú: ¿A que no puedes dar un pase de pecho a un Veragua, cuándote como el verbo?—Rakú contestaría que no. ¡Como que somos *mucho hombre*!...

con un golpazo en las narices. Algunos, al sentirse en tierra, hacen por huir; en sus ojos enormes parece que revienta el miedo; dan un paso, dos pasos, tres pasos, y caen.

Allí quedan buen rato, tumbados en el muelle. Juraría que todos recuerdan a sus antiguos amos; tienen muy fiel memoria; *más que otros mamíferos*. Algunos parecen dementes: lloran como a carcajadas. Otros respiran con sobre alientos, hundiendo a dos tiempos en ijar. Otros estertoran. Muchos no se mueven más que para toser. Huelen todos a sangraza que apestan.

En Amberes, a los que amenazan morirse, se los hacina aprisa en vagones precintados y se los factura a los lugares donde han de ser sacrificados y entregados con gran urgencia al consumo. Estos, el medio de todo, tienen también suerte, porque mueren antes. Además, se vengan antes, con su carne enferma y supliciada en los estómagos de quien la come. A los otros, en cuanto

El toro se defiende en tablas de unos aspirantes a brutos. Si ese toro hablara, diría así:—No seáis *ceneques*, honrados *cagatintas*, honradísimos *horteras*, famosos *cofrades*. Yo no os he hecho otro mal que daros una idea del valor. No seáis bestias, dejadme en paz, que tengo el *labio partío* y con sólo veros *aluego agomito*. *Ea*, *idos* a la cama y leed algo por caridad, que estáis pidiendo un libro a voces...

despeladas cruces, llenos de mataduras y callosidades; jóvenes claudicando de un pie y todo el tiempo llorando...

Todos están mareados. Muchos mueren... M. Poincaré ha declarado hace unos días que al volver de Inglaterra vió en el mar cómo arrojaban desde un buque cuarenta caballos muertos de dolor durante la travesía. Es lo mejor que les puede pasar. Estos que tienen la suerte de morir así, han abreviado con su muerte su calvario. Los otros, los otros son los que me dan más lástima. Llegan a puerto buena parte expirantes, y todos tan sin fuerzas de tanto asustarse, que no pueden gemir ni hay quien los mueva a palos de donde están tendidos.

Entonces, en vez de darles descanso, agua y pienso, los desembarcan de una manera bárbara. Les atan reciamente con una cuerda los cuatro cascos; meten en la cuerda las enormes garfas de una grúa, y, hala, arriba: los inocentes animales, suspendidos por las patas, cabeza abajo, van por el aire convulsos en medio de un gran ruido de cadenas. La grúa vira, larga hierro, abre garfas y los caballos empiezan a acongerla tierra de Bélgica o de Francia con

El quiebro de rodillas, uno de los *sobreesfuerzos* de la lidia y y una de las tonterías más grandes con que hemos contribuido a la Historia del valor humano. El diestro *se pone* en la postura en que los bailadores de la jota se retuercen a dos centímetros del suelo. El toro es desorientado en dos direcciones (*ved la fotografía*). Cuando el toro acude el torero gira, vacía, engaña, se dobla, se comba, se parte, etc., y el toro es burlado. Esta hazaña pone los pelos de punta a la raza que perdió dos escuadras.

se les pasa el mareo y se recobran

Una *suerte* que vale seis o siete mil pesetas al que la hace. La suerte es que ese hombre ha nacido en España, porque si nace en Alemania, ponemos por caso, con ese rasgo genial el Emperador Guillermo, que es un *tío con toda la barba*, lo coge de un brazo y lo dice: «Oye, *nene*, ahora mismo te vas a ir a la Universidad de Jena, te vas a presentar de mi parte a Haeckel y le mandas que te enseñe el Homopithecantropus alalus u homo erectus de Java reconstituido por él y verás... lo que es bueno.—Volvedlo a leer, *aficionaos*.

© Biblioteca Nacional de España

La sobriedad de la Raza. Los aragoneses—¡oh recuerdo de los almogábares de Roger de Flor en el imperio del Paleólogo!—han acostumbrado a la Administración de Estado a fiar a la sobriedad el buen resultado de toda empresa. Y el cerebro se bajó al vientre. Y así resultan nuestras meditaciones; *una digestión de algo que pudiéramos haber comido.*

algo, se les hace ir por sus propios pies a Gante o a Bruselas. Quitadas, por razón de economía, las herraduras, el casco en sangre, tienen que recorrer más de cuarenta kilómetros. En el punto de destino se les quita o se les alargan la vida, según las necesidades del consumo. Una vez sacrificados hay que vender pronto su carne, porque es de ordinario carne cediza que en seguida se corrompe. Por cierto que, cuanto más podrida, tiene más gusto.

Buena carne, buena para buitres; pero ¡ay! los buitres no pueden pagar nada por ella y los pobres sí, a veces, y también los coleccionistas de fieras.

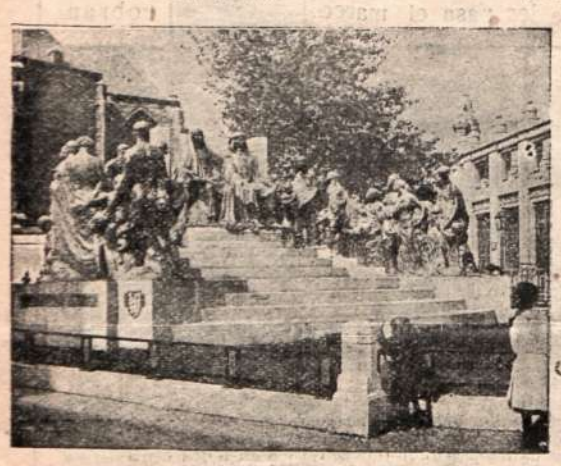
Cuando yo navegaba, hace ya de esto algunos años, caí una vez en Amberes y ví en un camino una interminable fila de caballos lisiados y caducos. Iban unos echando quejas atroces, otros suspirosos y como avergonzados; otros iban meditabundos, sin quitar la vista del suelo, cabeceando al compás de un paso cojo; recordaban, de fijo, glorias pasadas. Los había que todavía relinchaban y se alborotaban a la vista de las viejas yeguas; pero a los más no les daba ya la carne pasiones, sino sólo dolores. Dos, muy arrogantes, sobresalían entre todos, el uno adelantábase con majestad, las orejas erectas, los ojos llenos de fuego, anchos ollares, cernejudo y remetido de brazos; de vez en cuando se quejaba poderosamente de yo no sé de qué mal. El otro, un caballón fornido, mitológico, espaldas llenas, larga crin, iba cojeando ridículamente. Detrás de éste iba uno ciego, la cruz ensangrentada y muchas ganas de jugar. ¿Qué edad tendría? Pero, de todas maneras, ¡cuánto ganaba no viendo al hombre! Seguían muchos otros caballos a cual más triste de ver, llenos de mansedumbre, sin crin, sin cola, sin relinchos, sin pasiones. Cerraba la fila uno joven con pintas blancas, que tenía un cuello que parecía de cisne y unos ojos casi humanos. Daba apuro verle respirar; se ahogaba: padecía del huélfago, del demasiado trabajar y el mal comer. En uno de estos ahoguíos dió consigo en el suelo, tosió, gimió, rabeó. Vinieron unos hombres, le dieron unos cuantos palos y siguió su camino, alargando el cuello al cielo.

—Caballos ingleses—dijo alguien a mi lado.

Caballos ingleses eran, y caballos ingleses son los que hoy se desmbarcan en Amberes, en Dunkerque, en Boulogne, en el Havre. Y esto es infernal, infernal.

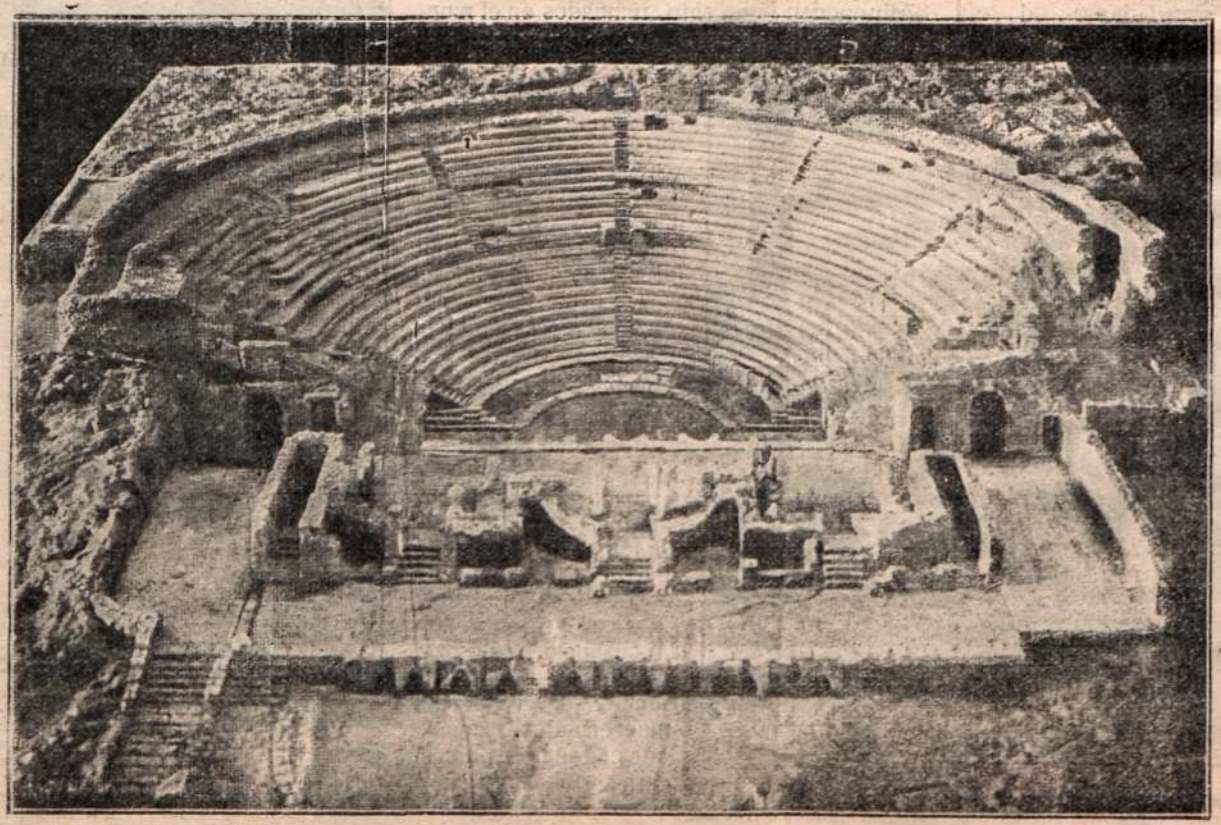
Infernal, porque habiendo en Inglaterra mataderos y aparatos frigoríficos de transporte, no es necesario ni útil dar a esos animales esos padecimientos, ni a *ningun hombre, por hombre que sea,* esas carnes hediondas.

Variante de capeas. La damos a título de variante. Pero es lo que decía *uno* el otro día leyendo EL CHISPERO:—Este periódico se dice antiflamenco y *pone* estampas taurinas!...—*Pa eso,* hombre, *pa eso... Pa* que veáis lo que sois, *pa* que reflexionéis, *pa* que No-liyo ponga un *pie* al grabado que *zumbe el fopo.*



Un monumento público a los hermanos Van Eik. Les ha parecido poco la plaza entera. Y nuestro Cervantes sirviendo de risión a los leones del Congreso, *hechos con los cañones que tomamos a los moros unos años antes de que los moros nos tomaran los cañones del* «Concha».

Muerte de un torero. Fijáos en la víctima. Fué el crimen de esa multitud, no de un toro. Ese joven rígido, exánime, es la acusación exacta y sin lirismos de las corridas. Como ese joven está España hace cinco siglos, y como si no estuviera. Es crónico eso de las *cornás.*



Restos de un teatro antiguo que ofrecemos a los flamencos y no flamencos, como obra maestra. Son estos lugares—aun en ruinas—gérmenes de encanto y deleite espirituales. Cuando las Plazas se *arruinen,* ¿qué pensarán los venideros ante tanto cascote, copia, ripia, madera vieja y sangre coagulada de caballo viejo?

Esta es una defensa del caballo hecha en Inglaterra por un español que nunca ha ido a una corrida de toros. Me adelanto humildemente, pero enérgicamente, a decirlo por si alguno de estos ingleses, de estos franceses, o de estos belgas que consienten estas cosas salta y me

© Biblioteca Nacional de España

La Carmencita, de *Sargent*. El descoco de esa figura magistralmente pintada, la audacia retadora de su gesto, es un *pedazo* de nuestra España. Hechos *pedazos* así andamos tan campantes por esos mundos...

Extractamos estos párrafos de una conferencia dada por D. Celestino Pérez Gómez, director hoy de la revista Adelante, *en Badajoz, en el Ateneo Escolar Extremeño, nada menos que el 94, lo cual demuestra que esto del antiflamenquismo estaba en el ambiente. La conferencia se imprimió con el título* Las corridas son contrarias a la Razón.

La crónica taurina, en contra de vuestra propia opinión y débil defensa, nos ha confirmado recientemente, no ya que mueren muchos lidiadores, sino que los más hábiles toreros son los primeros y los que más han regado con su sangre el circo de sus proezas.

Preguntádselo a Madrid si lo dudáis, que él acaba de ser testigo de una muerte taurina, recientemente ocurrida en su mismo circo. Preguntadlo, sí, a esa coronada villa, centro de España, reunión del género y tribuna regia do se asientan vuestras propia representaciones.

Nueve *niños* en torno de otro *niño* que se ha *caído de un nido*. Al *niño* le salvarán, pero al *nido* el toro le hace *cisco*. Muy heróico todo.

El burladero. Como la palabra lo dice así es la fiesta. El diestro burla al toro y el público es burlado o *birlado* con la ilusión de un valor que es una necia mentira *corrosiva*. —Vaya un adjetivo... ¿eh?

Tenemos el honor de contestar a los que *ven* mal en el periódico fotografías de toros que las *vean* como documentos de una futura Historia clínica de España. Y ahora mirad al grabado y decid si *eso* es emoción de arte o la prueba de *una anemia nacional*.

Un ejemplo de lo que serían los toros si se los cebara para exportación o cualquier otra industria. Ya que no somos *vegetarianos*, por lo menos seamos todo lo más industriales posible en beneficio de la Patria. ¡*Miau*!

dice: «Y vosotros, ¿qué hacéis, qué hacéis de vuestros caballos?, ¿qué pago les dáis?, ¿cornadas?» A lo cual, entre otras réplicas, contestaría yo, como contestarían muchísimos españoles:

—Señor mio: si para ser español hay que gozarse en ver a un caballo con las tripas fuera y en pedir más caballos, más tripas, yo no soy español, ni he sido, ni seré jamás ni valgo para serlo, ni quiero que valga mi hijo del alma, ni mi nieto, ni mi tataranieto, ni nadie.

Tomás Meabe.

(De *Acción Socialista.*)

Preguntadlo a Sevilla, orgullosa depositaria de aquel embalsamado cadáver, mil veces más glorificado que aquel otro Espartero, digno general de nuestro valiente ejército y soldado veterano de nuestra amada patria.

En ambos sitios, así como en el trayecto que media entrambos pueblos, o así como en toda España para decirlo mejor, se han tributado y tributan más admiración y más honores a aquel torero, que se le hubieran tributado a un gran santo o a un gran sabio.

España entera lamenta hoy la muerte del más simpático de sus toreros, quizás (quiero hacerle esa justicia) y España entera llega al peor de sus fanatismos para tributarle a porfía las últimas glorias.

Una muchedumbre inmensa sigue por todas partes su cadáver, enteramente cubierto de hermosísimas coronas y preciados recuerdos.

La Prensa, de la nación eco española, extiende su dolor y sus lamentos por todas partes, enalteciendo con vivos colores al héroe del arte nacional.

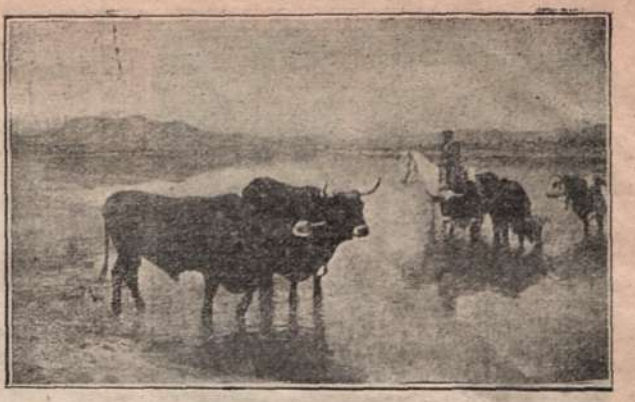
En medio de osberbio marco dorado, los escaparates de la capital andaluza exhiben las bordadas zapatillas del difunto, y los más fanáticos aficionados se reparten y disputan entre sí los girones de su ensangrentado capote de brega, ni más ni menos que como pudiera hacerse con las sagradas reliquias nuestros santos, llegando la bochornosa

Rosa Bonheur pintaba así los bueyes. De haber nacido en España hubiera pintado cabestros *llevándose* a un *compadre manso* entre el *chotes padre* de una muchedumbre de idólatras *córneos*.

Mistress Pankhurst y su hija Christabel en la cárcel con el traje *clásico* de las delincuentes inglesas. El apostolado por las ideas tiene estos tropiezos en Inglaterra. En España son *batacazos* tremebundos. Por un *amén* se os encierra *pa tó la vida perra*. La madre y la hija merecen todas nuestras simpatías y por *simpaticonas* (¡ele!), las ponemos aquí.

© Biblioteca Nacional de España

Bueyes, de Constant Troyon. El buey es un animal bastante útil, aunque no tanto como un flamenco; pues mientras aquél le procura el pan con el sudor de su noble testud, el *bitongo* echa cuenta por los dedos de los toros que se van a lidiar durante la semana en honor de su brutalidad heróica.



Unos toros en el Guadalquivir (cuadrito expuesto en la Sociedad de Artistas Franceses). Como me hacía falta un grabado pequeño para este lugar he puesto *éste*. El *pie* podría ser:—*Toros enseñando a los españoles a bañarse*—y no *vendría* mal.

locura de este delirio hasta ofrecer la enorme suma de **cuatro mil quinientas pesetas** por la cabeza embalsamada de la fiera con que se prostituye el siglo de la civilización, de la libertad y del progreso.

Indudablemente, España vive sin juicio, diría cualquier extranjero que lo observara.

Y, en efecto. No puedo ver sin indignación que se conceda con tanta generosidad a un... torero honores, glorias y sentimientos que ayer regateamos al genio.

Yo al menos, señores, no deploro ni siento la muerte de ningún torero, como tal torero. Si acaso, como persona.

Y no es lo grave que yo no lo sienta. Lo triste, lo verdaderamente inícuo, es que no la sientan los mismos aficionados que la causan.

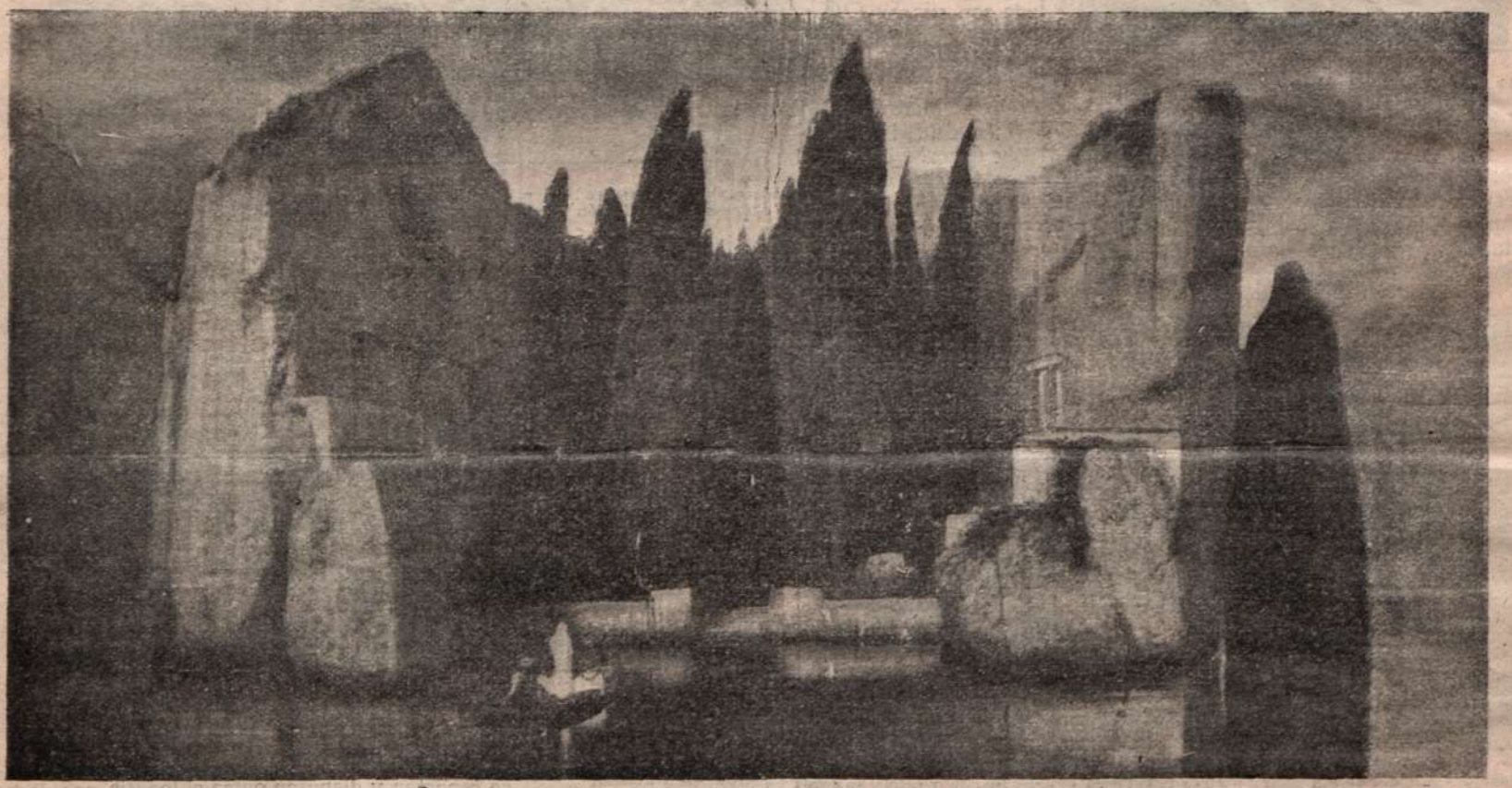
. . . . . .

. . . . . .

En cambio, la Comisión de diputados que en el Congreso piensa pedir la abolición del espectáculo, ahogará su voz en el vacío, siendo quizás la mofa y el escarnio del país mismo que representan.

¡Por algo es nuestro siglo el siglo de las luces, sí! Pero a no quedarnos el rubor por dentro y a no tener a nuestra patria la adoración de lo santo, vergüenza debía sentirse de haber nacido en España.

Respeto su muerte, con el profundo respeto que siempre me inspira todo muerto; pero no



La isla de los muertos, de *Boëcklin*; Obra de arte puro. Semejante a un terceto de la Divina Comedia, ella nos conduce a la mansión de la paz perpetua, donde no hay pasiones ni engaños. A veces, contemplando esa isla, se me antoja que mi Patria está dentro de los cipreses. La paz que ahí reina es entre nosotros silencio horrible desolación macabra, el pensamiento reducido a monólogos atroces; la acción cohibida por un ambiente de funeral, cómico en su soledad.

La Sociedad Protectora de Animales; es decir, la alemana Sra. Tafalla ha inaugurado una fuente (la del grabado es una que existe en parques alemanes y como veis, preciosa) para que los animales puedan beber. Bien: eso está muy bien; pero y... los toros... y los caballos de los picadores, ¿no son animales? ¿Hasta cuando esa Sociedad va a *estar muda* en este asunto de las corridas?... Mentira parece.

Gibraltar. No nos cansaremos de daros vistas de Gibraltar para recordaros que, mientras ayudáis a Francia en Marruecos, un pedazo de Patria—precisamente el más importante, estratégicamente hablando—sigue en poder de los extranjeros. Hasta otra.

Imp. de Peña Cruz Fizarro 16

© Biblioteca Nacional de España